

BLOC DE NOTAS



Rumpole of the Bailey

El irrepetible John Mortimer entretiene y divierte con los casos del abogado penalista más famoso de la ficción judicial británica de todos los tiempos

LUIS M. ALONSO

John Mortimer (Londres, 1923, *The Chilterns*, 2009) era un tipo de los que dejan huella. Hijo de un conocido abogado que, pese a quedarse ciego, siguió vistiendo la toga, mantuvo un punto de vista peculiar sobre las leyes y la justicia británicas. “Para escapar de un jurado en Inglaterra, sirve con usar sombrero de bombín y llevar una copia del ‘Daily Telegraph’ encima”, dijo. Ejercer la profesión de abogado, agregó más tarde, “no requiere ninguna brillantez, más que sentido de común, y tener las uñas de los dedos relativamente limpias”. Todo ello resultaría poco cínico si no hubiese completado su mordaz repertorio de frases con una curiosa tesis sobre el desempeño de la abogacía que en su día, por medio de uno de sus personajes literarios, el letrado **Horace Rumpole**, arrancó más de una sonrisa y numerosas reacciones de estupefacción: “Encuentro a los criminales buenos clientes y a los matrimonios complicados. Estos últimos se odian mucho entre sí y ponen a los hijos de por medio. Los asesinos, por lo general, han matado ya a la persona que les incomodaban, y se portan como seres tranquilos y agradables”.

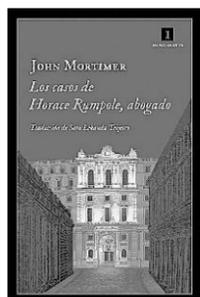
Mortimer escribió las **Rapstones Chronicles**, una trilogía corrosiva sobre el thatcherismo —que detestó hasta convertirse en uno de sus azotes— com-

puesta por **Un paraíso inalcanzable** (1985), **El regreso de Titmus** (1990), ambas publicadas por Libros del Asteroide, y **The sound of trumpets** (1998). Pero si hay que buscar en su carrera literaria, algunos de los mejores momentos puede que estén recogidos en **Rumpole**, abogado de 68 años de altos ideales, imperfecto, un antihéroe terriblemente consciente de su propio absurdo. Un tipo de aspecto descuidado, con manchas de grasa de las frituras en la ropa, sucio, maloliente, fumador de cigarrillos baratos, que se satiriza a sí mismo incluso mientras llora la muerte lenta de sus sueños aplastados bajo el peso de los suburbios y las expectativas de su esposa **Hilda**. A través de él, Mortimer destila su enorme ira hacia una Gran Bretaña de posguerra caracterizada por una sociedad esnob y racista, en la que Rumpole se ha comprometido profesionalmente con la defensa de los seres que tienen el viento de cara.

La colección que acaba de publicar Impedimenta, editorial felizmente comprometida con buenos autores británicos, algunos absurdamente desconocidos como es el caso del magnífico **William Gerhardie**, se conoce originalmente por el nombre de **Rumpole of the Bailey**, referido a la calle del Tribunal Central de Inglaterra y Gales. Es un conjunto de cuentos muy divertidos que en su día coincidieron con una serie de televisión británica del mismo nombre. Famosísima, hasta el punto que el personaje de Mortimer se convirtió en un clásico de la ficción judicial de todos los tiempos. Rumpole, inspirado en la figura de su padre, utiliza su ingenio y tácticas inteligentes para tratar de triunfar sobre sus oponentes. Cuando el juez no aprecia su ingenio lo suficientemente para darle la razón el asunto se traduce en un interrogatorio entretenido. Sin perder la referencia humorística, nuestro abogado, iconoclasta como lo fue su creador, se enfrenta a desafíos de profesión que cualquier colega identificaría como suyos.

Se trata de una lectura entretenida, que sirve asimismo para conocer el sistema legal británico y el funcionamiento interno de los **barristers**, que en la tradición del Reino Unido representan una de las categorías de abogados de nivel superior, la más especializada. Rumpole, los personajes secundarios de Mortimer, y el enredo de las historias, que van de un robo a un asesinato, transforman la lectura en un paraguas para días lluviosos. Una vez implicado en los casos de Horace Rumpole, el lector encontrará en ellos tropos tan familiares como lo son los calcetines viejos o las zapatillas de andar por casa que nos resistimos a tirar por viejas que estén. La poesía de **Wordsworth**, **Phyllida “Portia” Trant**, los burdeos baratos del bar **Pommeroy**, etcétera, funcionan como clavijas que apuntalan la trama. Y, por supuesto, abundan los guiños impagables al oficio como este: “Llamar a declarar al propio cliente es la peor parte del juicio. No se le puede atacar, ni tampoco guiar, ni se puede hacer nada más que estar allí de pie con las palmas de las manos sudorosas pidiéndole a Dios que el muy imbécil cuente la historia correcta”.

¡Bravo, Mortimer!.



Los casos de Horace Rumpole, abogado

JOHN MORTIMER
Impedimenta, 2017, 318 páginas, 20,95 euros

TINTA FRESCA

El largo adiós del ruido eterno

“Carne de Carnaval” ambienta con acierto una intriga de novela negra en la arrolladora fiesta gaditana

TINO PERTIERRA

El Carnaval de Cádiz: palabras mayores. Un escenario espectacular para ambientar en él una novela negra. **David Monthiel** lo hace a conciencia. Su **Carne de Carnaval** se puede disfrutar como una intriga bien trazada y desarrollada con las dosis necesarias de misterio y sorpresa, repleta de personajes atractivos y trastiendas de lo más variado. Pero también propone un viaje al fondo de una gran fiesta en la que placeres y miserias se cruzan entre colores rabiosos, sudores fríos y pasiones bien calientes. El resultado es impecable: diálogos que “suenan” con una vibrante autenticidad en boca de un reparto sugerente y nada previsible.

La idea surgió de “dos conversaciones sobre el Carnaval de Cádiz —una en 2005 y otra en 2012—, en la que recuperé mucha memoria sentimental de los Concursos de Agrupaciones Carnavalescas, la exégesis sobre los repertorios, las polémicas, los hitos, los mitos, la fuerza de algunas letras para incrustarse en el cancionero popular. Escribí varios capítulos en los que un virtuoso guitarrista, un punteo de comparsa, aparecía muerto en la Caleta, una playa mítica para el imaginario carnavalesco. Un detective empobrecido, golfo, pícaro, que regresa del ‘exilio’ se iba a encargar de resolver el misterio”. La novela se escribió “bajo la relectura constante de Manolo Vázquez Montalbán y de Enrique Dussel. Bebe de la novela negra mediterránea y pretende reflejar una ciudad que siempre ha sido cateta y moderna a la vez, llena de ilustrados burgueses y de majos. Madre del flamenco y de unos de los carnavales más complejos y creativos del mundo. Una fiesta que es una forma de vida. Una ciudad con mucha dignidad en la pobreza. La de la alegría en las fatiguitas, la de un desplante de bailaora en cada esquina. Un Manhattan blanco de azoteas desde las que se ven copas de araucarias”.

En el desierto de las referencias literarias “me hallé en un contexto inédito en la narrativa andaluza. Tuve que salvar muchas dificultades: el falso debate del localismo y el costumbrismo. Y el del habla andaluza. Pero, ¿no había estado imitando localismos de otros lugares sin percatarme de su carácter de cosmovisión colonizada? Otro falso mito me aseguraba que la literatura era un oficio solitario. La que yo intento practicar inquiera y necesita de una comunidad que la reciba. Necesita del cara a cara de los lectores. Porque pretende que conozcan, valoren o hagan más suya aún la magna cultura de la Baja Andalucía, que dejen de remedar localismos de Chicago como zombies porque crean que son mejores o más interesantes”. Es una novela bilingüe construida con una trama clásica del género negro “pero que investiga, con respeto y admiración, la mitografía del carnaval de Cádiz. Novela de capas, novela-cebolla, en la que se contemplan múltiples lecturas. El buceador que alcance la punta más profunda del iceberg y el que solo escarbe en el hielo que flota, se encontrarán con un sugerente paisaje y paisanaje que habita la vieja ciudad, que fundaron unos semitas, desde noviembre hasta el carnaval chiquito (el carnaval después del carnaval, el de los jartibles). Ensayos generales, fiestas gastronómicas, El Teatro Falla, los comparsistas, la calle, las peñas, los fanáticos. Pero también con problemas universales como el paro, la pobreza, la gentrificación, el arte y el negocio y los juguetes rotos del espectáculo”. Que empiece la fiesta.



Carne de Carnaval

DAVID MONTHIEL
El Paseo editorial,
288 páginas, 18,95 euros